



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1845
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth
- E. GOMEZ CARRILLO
El masoquismo
- EDUARDO GUILLAR CLAVI
... Y vamos tirando
- FERNANDO MORA
Las acciones de la «Chana»
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE
En casa de la bella «Pinguito»
- G. GONZALEZ DE ZAVALA
Desnudo
- J. CARMONA VICTORIO
Venganza femenina
- ANGEL G. LUGEA
Bengalas
- TOVAR, GALVAN
y AFRODITA
- Varios dibujos y retratos de
La bella Solita, Adolfo Sánchez
Carrere y Germán González de
Zavala.

CARAS BONITAS

*La Bella Solita, una cupletista lindísima,
á quien de muy buena gana acompañaríamos
para que no estuviese "solita."*



5 céntimos



ALGUIEN ha dicho, y si no lo ha dicho nadie, lo digo yo en este histórico momento, (tres y cuarto de la madrugada), que el único enemigo de la mujer es ella misma.

Esto, que así de sopetón parece un exabrupto, ó por lo menos una inconveniencia molesta para el bello sexo, es, no obstante, una verdad más grande que la catedral de Toledo, pongo por edificio.

A la mujer, por el hecho de serlo, la idolatra el hombre (salvo algunos misógenos desventurados), la miman los gatos, la cantan los pájaros y la lamen los perros; esto no tiene vuelta de hoja. Pintores y poetas ensalzan sus bellezas, personalizando en ella la sublimidad del Arte y de la Belleza; y los hay, como yo, que sin ser vates ni pintores, aseguran que la mujer

EL MARIDO CELOSO



—Vete, tranquilo, te seré fiel como una perra.
—¿Como una perra? ¡¡Que me suban el baull!

es la obra más grandiosa del que todo lo hizo, desde el rayo que mata hasta la chincheta, que no hace más que levantar roncchas.

Pero estos pedazos de gloria, con curvas atrayentes y redondeces descacharrantes, suelen tener la cabecita completamente mochales, en no pocos casos, y singularmente en lo que respecta á procedimientos para hacer resaltar sus naturales encantos por medio de las modas.

Si, carísimas lectoras, hay modas verdaderamente extrabóticas, que debierais rechazar por infinidad de razones. Vaya un ejemplo. Os habéis pasado el invierno, el crudo y larguísimo invierno que acabamos de sufrir, casi helados de frío, porque la tirana moda así lo exigía. Llevabais ropas vaporosas y descotadas, zapato descotado, medias de tela de cebolla, y para que el busto se destacase mejor, llevabais los boas de tal forma, que, lejos de tapar nada, parecía que os destapaban más.

Ante antecedente tal, los hombres nos relamíamos de gusto, añorando el verano, pues razonando lógicamente nos decíamos unos á otros: «Si ahora que hace un frío que hace tiritar á una fragua, van las hijas de Eva tan ligeritas de ropa, para el verano se nos presentarán completamente al natural, ó á lo sumo, con unas gasitas de esas que hay en las fruterías para que las moscas no perjudiquen á los albaricoques.»

Y ahora resulta que nos han dado ustedes el timo más grande que soñaran todos los portugueses juntos, porque, esclavas sumisas de la invención de algún modisto absolutamente idiota, la moda les ha impuesto una indumentaria absurda contra la cual protesto á voz en cuello. Me refiero á esas capas tan largas como amplias que están empezando á llevar y que tapa todo lo que la sabia Naturaleza, en combinación con los papás de ustedes, les dió é hizo desarrollar para encanto y satisfacción nuestra. Cubrirse los abultamientos anteriores, que nos deleitan, y ocultar

ENFERMO INCURABLE



—Señor: Va usted á tomarse la copita de Kola.

—¿Y para qué me sirve ya la Kola, mi querida Eduvigis?...

las redondeces posteriores que nos extasiaban, bajo los amplios pliegues de una prenda estúpida, sobre ser una crueldad, resulta de un mal gusto horrible.

Déjense, pues, nuestras elegantes de tal ridiculez, y vuelvan de su acuerdo mandando á freir esos arcos á la modista que les hizo la capita, y lleven al aire sus cuerpos serranos, para que nos podamos enterar, y con conocimiento de causa decirles una barbaridad de cosas bonitas; pues de otro modo no habrá forma de colocárselas, so pena de hablar á tontas y á locas ó de tener que hacer un previo reconocimiento, como los vigilantes de consumos. El verano lo hizo Dios para que todo se luzca; por algo fundó el Paraíso en época en que hacía mucho calor, y al objeto principal de presentar en cueros vivos á nuestros primeros padres.

Además, no olviden ustedes, que si á nosotros nos da por imitarlas y nos ponemos capa en Julio y Agosto, se va á repetir muchas veces la escena del casto José con la señora de Putifar.

Y anda por esas calles cada Putifar consorte... que son capaces de quitarle la capa á la propia estatua de Mendizábal.

Un pequeño REPORTER

EL MASOQUISMO

Crebillón pregunta: «*¿Inspira-t-on jamais l'amour par la frayeur?*». Y un siglo más tarde Sacher Masoch responde que sí, que el pánico y el sufrimiento inspiran á veces el amor y proporcionan muy á menudo el placer. Juan Jacobo Rousseau, el gran enamorado de las damas crueles, también responde que sí. Y también ese pobre barón Hulot, que vivió amando, que arruinó á su familia por amor y que murió de amor, responde que sí.

Los masoquistas, en efecto, necesitan sufrir para gozar (al contrario de los sadis-

CHISTE VIEJO



—¿Cura en ocho días? ¡Caramba qué carrera más corta!

tas ó sádicos, que para gozar necesitan hacer sufrir).

«El masoquismo —dice el autor de *Degeneración*— es una subespecie de la sensación sexual contraria.»

¿Os parece oscura esa definición?

Pues oid de nuevo la palabra de Krafft-Ebing:

«El masoquismo —dice en la *Psychopathia Sexualis*— es una perversión particular psíquica que hace que el individuo, en sus pensamientos y en sus sentimientos eróticos, sea esclavo del deseo de someterse á una persona de sexo diferente, hasta el punto de desear que esa persona le haga sufrir humillaciones y tormentos.

Esta idea va acompañada de una sensación voluptuosa. El masoquista goza imaginándose escenas de ese género, y muy á

menudo trata de realizar esas escenas y no es capaz de amar sino á los que lo atormentan física ó moralmente.»

Después de esta definición general, el ilustre profesor de Viena no se explica las causas y los síntomas fisiológicos de la enfermedad.

Según su opinión, el masoquismo es á veces el resultado de la debilidad espinal. Pero esta parte de su estudio no tiene, para nosotros, casi ninguna importancia, puesto que nuestro punto de vista es puramente psíquico y sentimental.

Lo que si nos interesa, y en alto grado, son las siguientes reflexiones relativas al estado general del masoquista: «¿Puede existir el masoquino en un individuo físicamente sano, ó es un mal que domina por completo al enfermo? ¿Hasta qué punto llega el deseo de procurarse placeres perversos en el masoquista? Para responder á estas preguntas, es, ante todo, necesario considerar la intensidad del mal, de la fuerza de los móviles contrarios, éticos y estéticos, así como el vigor del individuo mismo. Psicopáticamente considerado, el asunto se reduce á saber si el masoquista

EN LA VERBENA



El.—¿Quiés que nos columpiemos?
Ella.—¡Aplázalo pa cuando lleguemos á casa.



—¿Te gusto?
—Estás *mu* guapa. Estoy segura que mañana me pagas la mensualidad que me debes.

necesita ser maltratado por una persona del otro sexo para gozar, y esto puede asegurarse, desde luego, gracias á las mil observaciones de que la ciencia dispone ya.»

El masoquismo, lo mismo que el sadismo, conduce de los actos más cómicos y más pueriles, á los actos más atroces. Sin embargo, en tanto que el sadista tiene, en apoyo de su instinto, ese sentimiento de crueldad relativa innato en el hombre, al cual nos referimos antes, el masoquista encuentra un dique á su propia pasión en el instinto de la conservación animal. Imaginariamente, algunos masoquistas han llegado á sentir un gran placer creyendo que una mujer les asesinaba; pero, en realidad, ningún médico ha citado aún el caso real y patológico de un hombre haciéndose matar por voluptuosidad.

Los masoquistas, en general, se contentan con un sufrimiento relativo, latigazos ó heridas leves.

En Inglaterra, ó más bien en Londres, los casos de masoquismo son muy comunes, sobre todo en la alta sociedad. Oscar

Wild, el pobre prisionero de la hipocresía británica, me contaba hace tiempo una anécdota de la cual pensaba sacar una novela. Lord X***, millonario, constructor de buques y orador político de gran talento, era uno de los *gentlemen* más ingeniosos de la alta sociedad londonense; su entrada en un salón era siempre un triunfo; las damas, sobre todo, mostraban por él una simpatía muy especial y muy ardiente. Durante muchos años, el noble lord fué un verdadero don Juan: todas las mujeres bellas y ligeras, habían pasado por su alcoba, y él había pasado por las de muchas damas, que no tenían nada de ligeras, por lo menos en apariencia. Pero un día el noble millonario se aburría de sus intrigas y quiso buscar placeres nuevos; hizo un viaje á la India: al principio las mujeres de la India le gustaron; luego le parecieron idénticas á las de la Gran Bretaña; fué á Egipto, fué al Senegal, fué á todas partes, y en todas partes, la monotonía del amor lleno de tristeza su alma inquieta. «He agotado todos los placeres — se dijo á sí mismo —: mi vida



El.—¿Quiéres que te lleve al Circo ó quiéres ir á Apolo á ver una pieza?

Bla.—Ya sabes que prefiero la pieza.

no tiene ya nada que esperar... tal vez la muerte...» Tomó un puñal y quiso matarse; mas al sentir el principio de la herida, experimentó una sensación tan agradable, un deseo tan intenso de seguir sufriendo, que renunció al suicidio. Como era un hábil esgrimista, convirtiéndose en espadachín con objeto de recibir heridas. Su existencia de matamoros duró tres años, al cabo de los cuales quiso, como buen inglés y como buen comerciante, metodizar sus

ella, sino del placer extremo que sintió al recibirla, después de haber recibido un beso.

— «¿No es verdad — exclama Oscar Wild — que la aventura es encantadora?»

Encantadora tal vez no; pero en todo caso es interesante, y muestra, mejor que ningún ejemplo clínico, el estado de alma de los masoquistas.

E. GÓMEZ CARRILLO

RUMORES CALUMNIOSOS



— Lo de la señá Ufenia es una pura caluznia.
— ¿Y tú sabes quién te la ha levantado?
— Chéico, yo creo que no habrá sido su marido.

goces. Fundó, pues, una academia de box y de esgrima para las mujeres; él era el profesor y se arreglaba de modo que sus discípulas le golpeasen siempre. Un día la más robusta de sus alumnas llegó algo borracha, le dió un beso y en seguida le propuso un asalto con floretes verdaderos, con floretes que tuviesen punta. El lord aceptó. En el primer enganche de arizas la muchacha le dió una herida que ocasionó la muerte del lord. Pero lo curioso, lo extraordinario, lo épico, es que la herida no era mortal, y que si el millonario inglés sucumbió, no fué justamente á causa de

...Y vamos tirando

— No puedo sin mi mujer vivir, te lo juro, Antero.
— ¿Tan inmenso es tu querer?
— Digo que no puede ser. porque ella tiene el dinero.

Despegóse la contera del bastón de Blas Simó.
— Trae que te la pegue yo — le dijo muy zalamera su esposa... ¡Y se la pegó!

Cantando á veces aa el la tiple Anita Perlá; pero a firma Gaztambide que si un hombre el sí le pide al momento se lo da.

— He encontrado una mujer de una belleza extremada, que nunca me niega nada — decía Perico ayer.
Y contestóle en seguida su amigo Felipe Hurtado:
— Cuando tu la has encontrado señal que estaba perdida.

Eduardo GUILLAR CLAVI

Prudencio Iglesias Hermida es un hombre maravilloso; hace quince ó veinte días publicó su libro *España, El arte, el vicio y la muerte*, y ya no se encuentra ni un solo ejemplar, y ya está pensando en tirar otra edición y publicar otra obra.

¡Prudencio, hijo mío, á este paso te veo con un palacio en la repugnante Irlanda!

Las acciones de la «Chana»,

Acúsome, lector, de no rendir tributo á esa virtud sacrosanta que llaman ahorro, y también, de la envidia que me producen esos séres metódicos que saben guardar muy buena parte de lo que ganan ó roban.

Un hombre que tiene — cuenta corriente y usa cheques, me entusiasma; una mujer que usa cartilla, me gusta más aún—, y es que de ordinario gustamos de lo que no tenemos.

Hace pocas mañanas, y en ocasión de ir á hacer efectivos en el Banco de España unos cupones de amortizable, que un pariente me envía trimestralmente para su cobro, vi, y esto sí que me extrañó y lo admiré, á esa robusta hija de Venus, que pasea gallarda y provocativa por calles y callejuelas, plazas y plazuelas de Madrid, y que nombran la «Chana». ¿Qué hacia? Esperar vez para canjear unos billetitos, más pequeños que los del tranvía, y que se denominan cupones, por otros que se llaman billetes del Banco.

Antiguos conocidos, la saludé cariñosamente. Ella, correspondiendo á mi saludo con tanto afecto ó más del que yo puse al saludarla, díjome en voz queda:

—¡Formalito; aquí tengo mi nombre y mis apellidos y soy una señora!

—¿Y fue: a de aquí?

—Ya, señora, si quieres... Pero no te aproximes, esto es mu respetuoso, tanto como San Luis cuando voy por las tardes.

En efecto, aquella salada mujer que ha sabido durante muchos años hacerse querer por toda su juventud matritense, era, ante la ventanilla pagadora, una creyente del rico metal.

—¿Pero, ahorras? Yo no te creí tan cuca.

—¡A ver qué vida! Dentro de ná un

pellejo, y entonces, ni pá el Botánico. Hay que cobijarse pá la vejez.

—¿Cómo la de los brillantes?

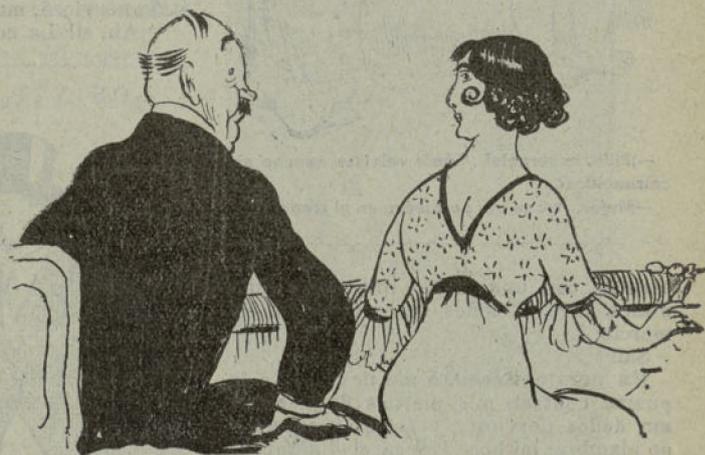
—Y como la «Navidad» y la «Bebé» y tres ó cuatro más.

—Te felicito, tienes talento y una virtud que borra casi todos tus vicios.

—¡Pues no! Ahí tiés á la «Cacharro», con coches y joyas y criaos, y ahora, de punto en Progreso, que ni los artilleros la camelan.

—Y la «Catalana».

EN EL CIRCO



Ella.—¡Qué marimacho de mujer! Puede con siete hombres á la vez.

El.—No hagas caso de las cosas de Circo. A lo mejor están huecos por dentro.

—Esa peor, que anda mangando de puerta en puerta y de cuartel en cuartel; y menos mal que el general... ¡no me acuerdo, es algo así, como!... Ber... no sé qué, y fué uno de sus amiguitos, la tié recomendá á los rancheros de la Montaña...

El empleado encargado de los pagos dijo mi nombre y cobré. Cuando fui á retirarme, los ojos negros de la amorosa y castiza hembra, me miraron, y sentí..., sentí no ser dueño de las monedas que llevaba en el bolso.

—¡Adiós, simpático! —díjome con un arte pícaro de que Chelito está ayuná. ¿Me esperas?

—¡Esto es sitio muy respetuoso! —contesté riendo.

—Si no es aquí, es en la calle..., ó si no quieres esperar, toma... —y me dió una

EXPLICACION CONVINCENTE



—¡Pillo, miserable! ¿Cómo volviste anoche sin calzoncillos?

—Mujer... ¡si se me perdieron en el tranvía!

tarjeta, con unas señas que callo; pues nunca tuve aficiones de corredor de comercio.

Sali.

Un nervioso aceleró me llevó hasta la puerta central: mis piernas flaqueaban; mis dedos nerviosos y tirantes parecían de alambre; mi boca reseca, pedía líquido con qué refrescarse.

¿Que, qué hice? Esperarla.

Con ella hablé; con ella razoné, y con ella hube de ir hasta su casa.

Nunca recibí más franca hospitalidad.

—¡Ay, mi moralidad! ¡Ay, mi propósitos de empuñada! ¡Ay... el dinero de mi pariente!

—¡Ay, chiquillo, qué rico eres! —dijome á compás de zalamerías y mimos

Loco, entusiasmado ante la pecadora que cultiva esa sacrosanta virtud que llaman «ahorro», púseme completamente *mochales* y dejé en su poder las pesetas que momentos antes cobrara.

¿Es pecado mi acción? Creo que no; con ella he ejecutado una gran obra de caridad: dar de comer al futuro hambriento; y ella, otra: «dar posada al peregrino».

¡Pensar que con la ayuda de mi dinero, digo, del dinero de mi pariente, puede esa simpática y popular mujer librarse de las miserias de la senectud, me alegra el alma!

Pero como buen cristiano, en la duda, he consultado el caso con mi amigo don Ramón, el cura más simpático que ha nacido de madre, el cual ha devuelto á mi ánima la tranquilidad y el sosiego.

—Has hecho un bien. No debe mirarse nunca la criatura á quien se hace la caridad, sólo la acción es la que debe ser mirada. Pero..., oye, ¿dices que morena y con los ojos negros, y en el Banco de España?

—Sí; la llaman por mal nombre la «Chana».

—¿Y vive?

Le dije las señas, y el buen amigo, me atajó nervioso, muy nervioso.

—¡Ah, sí! La conozco: la conozco mu-

LOS VIEJOS VERDES



¡Eso se lo dice usted á su sobrinal... ¡so cochino!

cho. Es una infeliz, tiene un corazón muy grande... Digna es de una limosna como la que tú le diste; yo también la me socorrído.

Fernando MORA

En casa de la bella "Pinguito" (1)

La bella *Pinguito* tiene dos ojos.
Yo diría que tiene más. Todo en su cara parece ser ojos. Tal es la fuerza de su expresión.

Mira por los labios de su boca, mira por las ventanas de la nariz...

Tampoco carece de potencia ocular el hoyito grácil y profundo de su barba.

La vista del hoyo produce en mí sensaciones opuestas.

Comienzo por envidiar la suerte del cadáver. El, cuando acaba su vida, encuentra la felicidad y la tumba.

Además, un refrán lo dice: «el muerto, al hoyo...»

La segunda parte del adagio me obliga a variar de opinión.

Nos invita a beber. Aceptamos.

El cuerpo cimbreado de *Pinguito* se esfuma en las tenebrosidades misteriosas del aposento contiguo, apareciendo a poco portadora de un exquisito vino «Madera».

Escancia. Libamos. Se hace charla. Salen a relucir las aficiones de cada uno. El vino y los «concerts» triunfan en nuestra predilección.

—A mí dame vino solo —exclamo yo.

—A mí «concerts» —replica ella.

—No puede negar que tiene *madera* de artista, ¿verdad? —pregunto a mi compañero.

—Ciertamente. Se ve que hay *madera*

—contesta el interrogado, mientras clava sus ojos con insistencia tenaz en la vasija del vino.

El claro entendimiento de *Pinguito* recoge la indirecta. La libación es repetida.

El palique continúa.

Me interpela.

—¿Qué quieres de mí?

—Que nos descubras tu pecho.

—¿Más?

Con un delicioso y picaresco mohín nos indica entonces los relieves espléndidos de su busto anforino, cuyo arranque tentador muestra por un descuido de su salto de cama.

La transparencia alevosa de éste levanta en nuestro ánimo la natural indignación.

—¿Has visto, *Coco*? —me dice Durán—
Yo me muero.

—Sí —le respondo—. Es un salto mortal verdaderamente.

Nos limpiamos el sudor. Voy a exponerla mi propósito...

—*Pinguito*...

Me interrumpe.

—¿No te acuerdas de mi gracia?

—Siempre, Pura.

—Pues dime así.



Adolfo Sánchez Carrere

—Perdona. ¡Como nadie te lo llama!...

—Verdad. En nosotras puede más el nombre de arte que el de pila

—Queremos hablar contigo de tí, de tu vida, de tus intimidades.

—¡Ah, vamos! Que haga confesión general, ¿no es eso? Lo de todos los periodistas.

—Sobre poco más ó menos.

—En ese caso, «venga de ahí», como dice el coro en las zarzuelas cuando el tenor ó la tiple tienen que cantarse alguna copla.

(1) Del libro *Hablando con el «Gallo» de la Pasión*, recientemente publicado por Adolfo Sánchez Carrere.

—¿Cómo nació en ti la afición á la danza?

—Viene de herencia. Mi padre...

—¿Bailaba también?

—Constantemente. No paraba ni un momento.

—¿Tenía academia?

—No. Lo que tenía era el baile de *San Vito*.

A LA «DERNIERE»



—Mamá, fíjate en aquel señor que va á la última moda: con los pantalones abiertos por detrás.

—No, hija; no es por ahí...

—¿Recuerdas algo de cuando te presentaste al público por primera vez?

—Sí. Debuté con unos «panaderos», que por cierto me hicieron repetir.

—¿Dónde?

—En un salón de Vigo.

—¿Volviste á pasar por Vigo desde entonces?

—Nunca.

Llegamos al capítulo de las confidencias. *Pinguito* se explaya y nos revela una de grandísimo interés.

El espíritu de *Pinguito* es amplio y emprendedor. No puede contenerse, por tanto, en los límites estrechos de un mezzojornal.

Es humana, y como tal, egoísta.

Por eso, en las horas que le deja libre su artística profesión, dedícase á otra cosa que le proporciona no pocos beneficios.

Pinguito, para vivir, no tiene suficiente con *Terpiscore*. Necesita, también, de *Mercurio*. Ama el comercio.

—¿Pero es posible que tú:...

—Sí, *Coco* simpatiquísimo, sí. No lo echas á broma. Tengo un negocio muy bonito para preservarme de la miseria en lo porvenir.

—¿Qué es ello?

—Un almacén de objetos de goma. ¿Te parece mal?

—Al contrario. chiquilla.

—Y espero sacar buenos productos.

—¿Quién lo duda? La goma da mucho de sí. ¿Tendrás algún hombre al frente?

—Ninguno.

—Es extraño.

—Yo soy quien se encarga de todo.

—No haces bien en eso. Por muchas energías que tenga una mujer, nunca podrá tener tantas como un hombre.

—Te equivocas. Para hacer la competencia á Modesto Sáinz, proveedor de todos los frontones, me basto y me sobro.

—¡Ah! ¿Explotas el pelotarismo?

—¡Claro! Es uno de mis artículos principales. Lo que siento es tener que abandonarlo ahora. Una contrata ventajosa me obliga á ello. Me voy á América de «tournee». Qué, ¿te choca?

—Nada. A ver si vuelves con mucho peso.

—Seguramente tendré que pagar exceso de equipaje.

Antes de que la charla finalice se habla, (¿cómo no!), de amores. ¡Y caso estupefaciente! La ideal *Pinguito* no se ha fugado de su casa todavía con ningún «mante».

—¿Para qué? —nos ha dicho.— ¡Buena gana! Mejor que en casa no se está en ninguna parte. Además, eso cuesta caro.

¡Oh, la bailarina gentil, almacenista de gomas! El corazón acabará por traicionar tus buenas intenciones. Tiene que suceder así. Por algo eres española y eres «estrella». Necesitas luz. Una indescrición tuya nos lo ha revelado sin tú darte cuenta.

Sabedlo, lectores. Pura se perece por el

toreo y suña con un hombre que viva de las astas.

¿Lo encontrará? ¡No es difícil! ¡Hay tantos!

Hacemos punto. La bella *Pinguito* necesita salir.

La tendemos la mano. Ella, despojándose de del sal' o de cama, nos la alarga. Tenemos el gusto de estrechársela. Y salimos.

De esta guisa acabó nuestra «inter vieú» con esa bailadora que el público aristocrático del «Molinete-Palace» hubo de sacar en hombros, entusiasmado por la sensualidad agarena de su carne blanca, que palpita de placer á compás de las danzas cadenciosas que en el tabladillo ejecuta; esa artista eminente que se llama *Pura* y á quien todos conocen por *Pinguito*.

Lo sentimos mucho

No lo queríamos creer, aunque ellos mismos dieron la noticia, y por eso hemos esperado hasta hoy.

El día 26 de Mayo se publicó el último número de *La Burrada Libre*, y en su editorial dijo, claramente, el por qué de su desaparición.

A nosotros nos ha dolido mucho la muerte del colega, en el que unos cuantos juicios literarios hacían gala de su desenvoltura y gracejo con los más lindos y sonoros rebuznos.

La Burrada Libre, en un país donde tanto abundan los pollinos en todas las esferas y profesiones, tenía una razón de ser, y sus paradójicas coces, que levantaban ronchas en el cuero de las víctimas, provocaban el regocijo de cuantos leían con deleite lo escrito por la recua del magro semanario.

No pretendemos consolar de su desgracia á nuestros estimados pollinos, porque tal cosa sería como «á burro muerto, la cebada al rabo».

Y, para terminar, diremos á cuantos ven en la desaparición del colega un triste augurio, que, hoy por hoy, gozamos de la más cabal salud, y, á invitación de los grandes rotativos, invitamos á nuestros lectores á que visiten nuestros talleres, ofreciendo un saco de pesetas, absolutamente auténticas, á quien nos demuestre que la tirada de *LA HOJA DE PARRA* ha bajado un solo millar.

¡Eso quisieran algunos **amiguitos!**



Germán González de Zavala

DESNUDO (1)

Quando sales del baño temblorosa, ostentas la pureza del relieve de tu cuerpo bellissimo de nieve donde nace tu faz como una rosa.

En tu seno de virgen pudorosa el mármol de tu carne se conmueve cuando avanza tu pie mojado y breve con el paso arrogante de una diosa.

Y cuando te detienes y desatas en sedosas y rubias cataratas tu cabello brillante como un astro, conviertes tu melena blonda y riza en torrente de luz que se desliza por tu espalda impecable de alabastro.

(1) Del libro titulado *Sendero de paz*, recientemente publicado por G. González de Zavala.

UNA PRIMADA



—Primita, tengo que decirte una barbaridad muy grande.
—Mira, si es muy grande guérselo para luego.

Dibujo de Afrodita

Venganza femenina

Hubo una corta pausa. Emilia, nerviosa y fuertemente excitada, pugnaba por contener las lágrimas, mientras que su amante, Enrique, paseaba por el amplio comedor guardando un desesperante silencio.

Por fin, rompió ella el prolongado mutismo é insinuó suplicante:

—Pero, ¿es verdad que te casas?...
—Y tan verdad; pero no comprendo á qué vienen esas lágrimas, ni por qué te enojas. Esa boda es una solución para mí. Además, comprendería esta escena de recriminaciones si fueras soltera, pero tú, una mujer casada...

—Qué ¿Es que no tengo derecho á quejarme? ¿De forma que todas mis incerti-

dumbres, todas esas amargas horas de sobresaltos que pasan las mujeres culpables, temerosas siempre de que la fatalidad venga á descubrir el misterio de sus acciones equívocas, no significar nada ante el bárbaro egoísmo de tus ambiciones y apetitos satisfechos? ..

—Y, ¿eres tú la que puede exigirme cuentas de mis actos? Soy libre y dueño de mi voluntad.

—Y yo de impedir esa boda, aun á costa de mi reputación. Me opondré, escandalizaré y pondré en juego todos los medios para evitar la canallada que intentas hacerme.

Enrique, al oír la amenaza de su amante, se dejó dominar por un acceso de ira, y ciego de furor se lanzó sobre Emilia, dispuesto, quizá, á golpearla; á martirizar aquellas carnes morenas y ardientes que tantas deleitosas horas de lujuria le brindaran tantas veces, pero un supremo esfuerzo de voluntad logró reducir sus nervios.

—¡Tú, no harías lo que dices —gritó—; tú no querrás que nos perdamos todos!

—¡Lo haré, sí, lo haré, aunque me mates y pretendas golpearme como un rufián!...

Hubo un duelo entre ambos amantes de frases y dictiones humillantes. Cuando más enconada se hallaba la discusión, un inesperado personaje apareció en la puerta del comedor. El marido.

El marido, que había ido aquella noche al teatro instado por su mujer, para ver una obra muy bombeada por la prensa, dejando á su esposa al cuidado de su inseparable amigo y secretario particular. El bueno de don Ramón, había abandonado el teatro, á la terminación del primer acto, asqueado de la amoralidad de una obra hecha á base de la mujer, el marido y el amante.

¡Júzguese su sorpresa al entrar en su casa y encontrarse con otra escena análoga á la que acababa de presenciarse en el teatro.

Si se hubiese tratado de un hombre joven y de temperamento sanguíneo, es fácil que hubiera batido en aquel instante sus alas la tragedia en el hogar de don Ramón, pero este hombre, maduro, reumático y algo apoplético, antes de dejarse ganar por el arrebato y la cólera, quiso puntualizar y ver hasta qué grado le había atacado la desgracia en su honor.

—¡Caballero —exclamó— es usted un

canalla, pero antes de juzgarle y de proceder, necesito oír á esta desgraciada!

Animada Emilia por la aparente tranquilidad del marido, y poseída aun por el despecho, dijo dirigiéndose al amante.

—¡Es un canalla... Ramón... un canalla, que, abusando de tu confianza y amistad, ha pretendido atentar contra tu honor... Aun no hace breves instantes que, se

EL SEÑOR DE LA DIRECTIVA



—Ya sabrás que me han nombrado miembro de la Junta.

—¿Y qué piensas hacer?

—¡Levantarlos en vil!

—¡No lo creas! ¡Tú siempre serás el miembro más pacífico!

arrastraba á mis pies implorando mi amor... ¡Oh, es un monstruo!

—¡No es cierto, falso, falso! —balbuceó Enrique trémulo de emoción—. Emilia está nerviosa... le aseguro á usted don Ramón...

—¡Tenga usted por lo menos la nobleza y valentía de afrontar las consecuencias de su indigna acción! Y pensar que un hombre que está á punto de casarse, intenta engañar al protector y al amigo—. Y diciendo esto, Emilia rompió á llorar amargamente.

—¡Basta! —rugió don Ramón—. ¡Ca-

ballero! Mi esposa, que es un ángel, acaba de darme con su noble confesión, una terrible arma de venganza. ¡Ojo por ojo! Ahora mismo va usted á romper esa boda; ahí tiene usted papel, pluma y tintero; escriba lo que voy á dictarle.

—¡Pero! —dijo Enrique suplicante.

—¡O escriba usted, lo que ahora mismo voy á dictarle, ó le alojo una bala en el cráneo! —interrumpió el implacable mari-

LA ODIOSA SUEGRA



—Te advierto que no le aguento impertinencias á tu madre. Y estoy dispuesto á decirle ahora mismo que no tengo pelos en la lengua.

—Pues, mira, como se va de viaje díselo ahora mismo, porque luego no podrás.

do, emfilándole con un revólver, que rápidamente sacó del bolsillo.

—Comience usted: ¿cómo se llama su prometida?...

—Margarita López Pérez.

—Escriba usted: «Señorita Margarita, etcétera; soy un hombre indigno de su amor, por lo que renuncio á ser su esposo. Considere usted rotas desde hoy mis relaciones, y no piense más en su ex novio...»

Firme usted y deme la carta.

No bien hubo Enrique terminado de firmar, con temblorosa mano, la anterior misiva, cuando vino á turbar la solemnidad del momento una desbordante carcajada de Emilia, que hizo quedar suspenso al marido, que no sabía á qué atribuir la actitud de su esposa. Esta, cuanto más asombrado se mostraba el marido, más y más

reía, procurando cambiar miradas de inteligencia con el amante.

—¡Pero, qué tonto! —interrumpió Emilia dando á su acento los tonos de la más candorosa ingenuidad—. ¿Ve usted esto, Enrique? ¡Pues no se lo ha creído todo!...

—Pero, ¿qué dices mujer?

—Que eres el más simplón de los hombres, que todo ha sido una inocente farsa para reírnos un poco. Farsa, lo de que Enrique me haga la corte; farsa, la boda de Enrique; farsa, pura farsa todo. ¡Es para morirse de risa! Sabíamos que ibas á ver esa obra que te ha escandalizado y quisimos ver representando esta comedia los efectos reales de tu indignación. A usted, Enrique, le felicito por lo bien que ha interpretado su papel. ¡Qué manera de fingir lo de su boda y la turbación del hombre sorprendido *in fraganti*. ¡Delicioso; para cómico, no tendría usted precio!

Y todos, contagiados por las risas de Emilia, comenzaron á comentar y á reír las incidencias del caso. La carta escrita por Enrique fué rota, y la mujer, el marido y el amante, pusieron término a la velada en medio de la más cordial armonía.

Un momento quedaron solos los amantes. Enrique, dirigiéndose á su amante, la increpó duramente.

—¡Eres mala! Ahora no podré casarme; se descubriría todo! Me has hundido.

A lo que contestó con sorna Emilia.

—¡Y qué quieres! Alguna vez tenía yo que ser el más fuerte. ¡Esa es mi venganza!...

J. CARMONA VICTORIO

BENGALAS

I

Te quiero...

Tú, dama, yo, guerrero.

Figúrate un castillo romántico y feudal,

Y una noche de estío,

lánguida y silenciosa,

á la orilla del río

la escena melodiosa

del beso apocalíptico, sereno y pasional.

II

Te adero...

Tú, agarena, yo, moro.

Figúrate el desierto donde ruga el león.

Y por entre el destello

de la 'una hechicera,

ambos en el camello

de mansedumbre austera,

darte en besos abiertos, fuego del corazón.

III

Te alabo...

Tú, romana, yo, esclavo.

Figúrate los tiempos de la Roma triunfal.

Y que al salir desnuda

del baño perfumado,

sostienes una ruda

lucha con el pecado,

cayendo entre mis brazos entera y virgi-
[nal.

IV

De nieve,

tu manecita leve;

tu mano cabalística —rosa de la ilusión—

Cada dedo, un misterio:

Amor, idolatría,

lamentos de salterio,

besos, melancolía...

¡La palma, hostia de nácar para la adora-
[ción!

V

Tu alma...

Lago azul, ancha calma,

bendición eucarística, lirismo cenital.

Algo de encantamiento

infantil, algo de humo

azul, de enervamiento;

porque cuando yo fumo,

creo verte desnuda entre cada espiral...

Ange! G. LUGEA

Lea usted el martes
EL LIBRO POPULAR

Enfermedades secretas.

*Evítadlas preservándoos científica-
mente después del supuesto contagio con
Asclepiol.*

Frasco para 30 aplicaciones, 5,75.

Representantes: Cortes, 442 —Barcelona.

EL FENÓMENO

*sigue bien desde que compra go-
mas irrompibles de las mejores
marcas que vende*

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

PABLO CUESTA

Encargado de la venta de *El Libro Popu-
lar* y *LA HOJA DE PARRA* en Madrid.

Tres Cruces, 4, tienda.

Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. R.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulares, facturas, cartas co-
merciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, lupus, etc. Tomar todos los días un **Papel Yhomar** disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. **Gayoso, Madrid; Gamit, Valencia**, y en las principales farmacias bien surtidas.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España)** el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirá gratis por correo, reservadamente.

Agente exclusivo para los anuncios de **LA HOJA DE PARRA** y **EL LIBRO POPULAR**.

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

OBRAS DE LUIS ESTESO

Cincuenta monólogos verdes.	1 ptas.	La vida cachunda.	0,20 ptas.
Alaridos eróticos.	1	La reata humana.	2
Cartas para todos.	0,50	Entremeses.	1
Quince romances en chufia.	0,50	Viaje cómico por España.	1
Monólogos picarescos.	0,50	Chascarrillos y epigramas.	0,50
Cartas amorosas.	0,50	Vida de Belmonte y algo más.	0,50
Para que rían las mujeres.	0,50	Joselito tiene miedo.	0,50
Los caminos del amor.	0,50	La República del Común.	0,30
Diálogos del teatro.	0,20	Malagueñas y cantares.	0,20

OBRAS COMPLETAS: tres tomos encuadernados, 10 pesetas.

PEDIDOS A **FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID**

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por **CINCO** pesetas en Giro postal, remito ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por **CINCO francos** ó **UN** dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense **UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID** (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.